

La isla

# EL MISTERIO DE LA TAULA

LUIS RACIONERO

**V**INE a Menorca en busca de soledad, huyendo de las aglomeraciones urbanas y de la Costa Brava; tenía la imagen, hasta ahora cierta, de una isla remota, poco comunicada y no explotada por el turismo: el paisaje pedregoso, más duro que el de Ibiza, y el viento feroz de la tramontana no invitan al turismo; el encomiable espíritu de reserva de los menorquines habría hecho el resto.

Inútilmente: el aumento del turismo ha sido exponencial. El año pasado apenas se velan coches extranjeros, ahora son abundantes; también autocares llenos, multitud de catalanes, "canguro" diario desde Italia y cuatro aviones de Barcelona. El resultado es un número tres veces mayor de visitantes que el año pasado. Se estimaban 20.000 turistas a final de julio, lo cual, en un espacio de 45 por 20 kilómetros y una población nativa de 100.000 personas, empieza a ser desmesurado. Los menorquines dicen querer limitarlo: ojalá sea cierto.

De momento están suspendidas las licencias de hoteles y las urbanizaciones tienen altura máxima de siete metros. Buena parte de las tierras no urbanizadas están en manos de familias nobles a las que se han hecho ofertas especulativas y han rechazado. Un título de Ciudadela ha declarado que sus playas y bosques son para la ciudad y que, mientras se respeten, estarán abiertos a todos; curiosa inversión de la Historia por la cual un aristócrata salva, contra los democráticos parceladores de la propiedad privada, los derechos colectivos de sus conciudadanos.

Quizá este fenómeno sólo podía darse en Menorca, cuya especialísima situación e Historia configuran un carácter singular: encrucijada del Mediterráneo abierta al trasiego de los pueblos, ha recibido fenicios, romanos y árabes, pasando durante el siglo XVIII de ser española a inglesa, francesa y otra vez española. En su mitología se vislumbran vagos motivos de Creta, como la Virgen del Toro, que corona su más alta montaña, santuario pagano cristianizado con este chocante juego de personajes: la doncella y el toro, que en Minos celebraban los famosos juegos rituales precursores de las corridas de toros, y también, seguramente, del carácter andrógino del torero. En Alayor, a los pies de este monte, se encontró una estatua de Imothep, el sacerdote egipcio matemático y arquitecto, constructor de la primera pirámide en la necrópolis escalonada de Sakkara, repetida curiosamente en miniatura innumerables veces en los zigurates de piedra de esta isla, usados como choza de campo y albergue de rebaños.

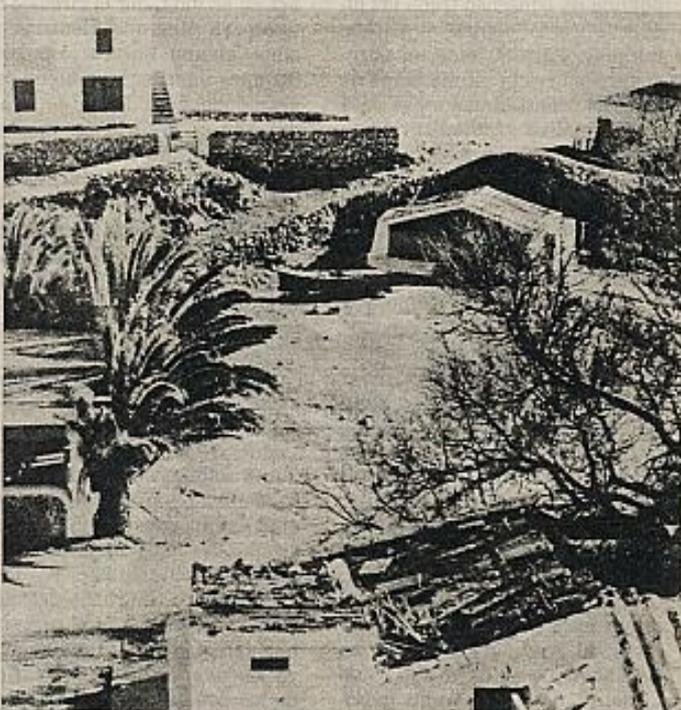
Minoicos y egipcios serían ya suficientes para prestigiar la Historia de Menorca si no fuera porque miles de años antes que llegaran ellos la isla ya gozaba de un cultura prehistórica única en el mundo. Única en cuanto a un prodigioso monolito que sólo se encuentra aquí; la tau o taula, escultura colosal y antiquísima que por su abstracción y líneas estilizadas es absolutamente futurista, sugiriendo más el misterioso monolito de "2001" que una necrópolis prehistórica.

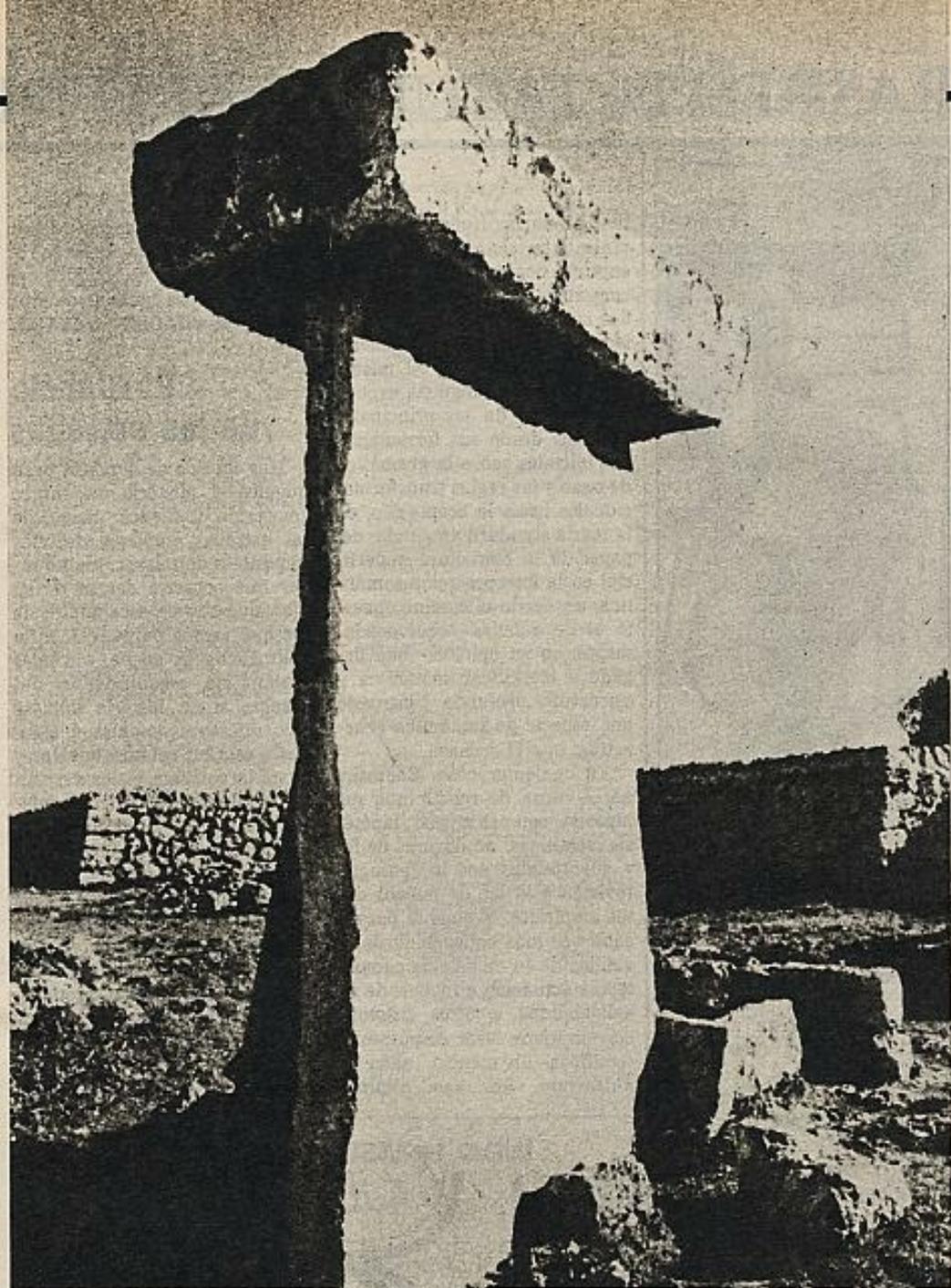
Nadie ha dilucidado hasta hoy la

razón de la presencia de tan inusitado monumento. Los arqueólogos, con su peculiar falta de imaginación, la han tachado, como todo lo que escapa a sus conocimientos, de "monumento funerario". Este término, en boca de un arqueólogo, debería servir al lector como luz roja para señalarle que no sabe de qué se está hablando. Catalogar las taus menorquinas en el cajón de sastre de "monumento funerario" es una pobre conclusión que no puede convencer a quien las haya visitado. Allí pasaba algo mucho más complejo, y sólo un libro, el de Valdemar Fenn, escultor alemán residente en la isla, ya fallecido, ofrece hipótesis imaginativas sobre el

fenómeno. Naturalmente, su libro "no es serio" para los burócratas de la Historia, pero si el lector quiere penetrar más allá de las banalidades ortodoxas, es el más recomendable.

Nuestros historiadores parten del presupuesto, subjetivo y arbitrario, de que el hombre prehistórico es un proyecto fracasado de europeo siglo XX, adscribiéndose las características de un occidental de baja estofa, como quien considera al niño "un hombrécito". Cuando se juzga de antemano a los primitivos como europeos imperfectos no se entiende nada. La sorpresa del megalito prehistórico de Stonehenge decodificado como astrolable solar





El tiempo no existe en esta isla inmemorial. Sobre estas líneas, la enseada de Na Macaret, en la entrada del puerto de Addaia. A la izquierda, taula de Trepucó.

debería servir para cambiar esta falsa imagen de los primitivos; recordemos además que el hombre de Cro-Magnon tenía 300 c. c. de capacidad craneana más que el "homo sapiens". Un poco de relativismo antropológico podría conceder al hombre menorquín, capaz de cancelar las taulas, un repertorio de rituales más sofisticados que la mera exposición de cadáveres.

Sea como fuere, Menorca ha sido un tálamo de razas y de raptos, y, por lo mismo, ha incubado un carácter independiente, receloso, amable y cerrado. No es para menos: en el siglo XVI, Mahón es destruido por Barbarroja y Ciudadela arrasada por los turcos: el Rey de España consideró la evacuación y

abandono de la isla, al que se opusieron los naturales, pidiendo una campaña de construcción de fortificaciones, con la que hicieron frente a los corsarios, hasta que el inglés tomó la isla en la guerra de Sucesión, manteniéndola más de medio siglo, con cortas invasiones francesas y españolas, hasta volver a España definitivamente, en 1802. Nelson utilizó el puerto de Mahón durante las guerras napoleónicas, aunque su pretendida estancia en la Golden Farm con su amante Lady Hamilton es una leyenda, dado que los diarios del almirante reseñan su impaciencia por el temporal que le retiene, impidiéndole precisamente reunirse con la Hamilton, que le aguarda en Palermo.

## Historia de dos ciudades

Producto de las invasiones exteriores fue la consolidación de una bicefalía urbana por la cual Menorca, como dice un dios Jano isleño, tiene dos caras: Ciudadela, que mira a la Península, y Mahón, contemplando Oriente. La nobleza establecida durante la invasión catalana reside en Ciudadela, junto con el estamento levítico; en Mahón, por contra, están los organismos administrativos y burocráticos. Esta dualidad ha marcado considerablemente la fisonomía de las dos ciudades, y así como Mahón recuerda el cosmopolitismo fin de siglo de la Alejandría de Kavafis, Ciudadela evoca visiones gatopardescas de

palacios señoriales patinados por las decadencias de una burguesía aristocrática.

Menorca es un microcosmos: porque es diversa y porque es completa; variada en su geología y vegetación, contrasta la dureza descamada de la costa Norte, batida a tramontana, con la suavidad arenosa del litoral Sur, poblado de pinos y calas amables, donde el hombre primitivo dejó los habitáculos que aún hoy día se usan como merenderos familiares domingueros. Por eso mismo Menorca es completa, porque saltando insensiblemente en el tiempo, continúa usando las viviendas trogloditas en este momento. El tiempo no existe en esta isla inmemorial donde las vacas pascen trepando el Talayot y la Taula circular sirve de abrigo a los cordeiros: en pocos lugares el sentido de continuidad y de persistencia se manifiestan con la evidencia intuitiva con que penetran por los ojos en Menorca. Microcosmos completo por su compresión en el tiempo y, a la vez, por la variedad del espacio y las metamorfosis de los climas: los pedregales descarnados con frondosos bosques de pinos, los campos descorchados por el sol con huertos floridos, y todo ello, contrastado en el espacio de unos pocos kilómetros, se metamorfosea, en ciclos anuales, de vergel florido abrileno a tostado páramo de estío. Quien desconoce estos contrastes no comprende la sorprendente riqueza agrícola de la isla, productora de leche y queso, carne, trigo y excelentes hortalizas. Unase a este rico sector primario una fuerte industria del calzado, bisutería y lácteos, y se comprenderá el origen del alto nivel de vida apreciable en toda la isla.

El turismo, abundante y en pujante crecimiento, no es aquí, como en otros sitios, una alternativa a la pobreza, si, no un sector más que, bien dosificado, puede diversificar, afianzando la ya de por sí apreciable base económica de la isla. Quizá el alto nivel de vida no venga reflejado en índices de renta, ya que buena parte del trabajo se realiza por mujeres en talleres domésticos, que no recogerán las estadísticas de contabilidad nacional; pero el número de coches, la no crispación de la vida, la amabilidad de los naturales y quizá ese indicador científico, pero significativo, el densísimo número de pastelerías y hornos en el dédalo urbano, atestiguan la consolidación de una economía desahogada que, con un gobierno representativo y una administración eficiente, se podría acercar, a lo mediterráneo, a la utópica isla de Huxley. Esperemos que el turismo y la especulación no lo estropeen. ■